

Capítulo 9

Noche del 20 al 21 de noviembre

[...]

La alarma sonó a la 01.18 y Frans Balder se despertó sobresaltado. ¿Había alguien dentro de la casa? Sintió un terror inexplicable y estiró el brazo: August estaba a su lado. Como ya era habitual, el chico debía de haberse metido en la cama del padre, y ahora gemía inquieto, como si el aullido de la alarma se hubiese introducido en sus sueños. «Mi pequeño», pensó Frans. Luego se quedó de piedra. ¿Estaba oyendo pasos?

No, seguro que se los había imaginado; no se podía oír nada más que la alarma. Preocupado, miró por la ventana. El viento parecía haber arreciado como nunca. El agua del mar azotaba el embarcadero y la orilla. Los cristales temblaban y se combaban ligeramente. ¿Podrían las violentas ráfagas de viento de la tormenta haber activado la alarma? Quizá no fuera más que eso.

Sin embargo, tenía que comprobarlo, claro, y pedir ayuda si fuera necesario, y ver si esa vigilancia de la que se iba a encargar Gabriella Grane había llegado ya. Hacía horas que dos agentes de la policía de orden público estaban en camino. Qué ridículo. Siempre había algo que los retrasaba, ya fuera el mal tiempo, ya una serie de contraórdenes: «¡Venid a echarnos una mano!». Si

no era por una cosa era por otra. Estaba de acuerdo con Gabriella: una desesperante incompetencia.

Pero ése era un tema del que debería ocuparse luego. Ahora tenía que llamar: August acababa de despertarse, o estaba a punto de hacerlo, y Frans debía actuar rápido, pues un August histérico que golpeará su cuerpo contra el cabecero de la cama era lo último que necesitaba en ese instante. Los tapones, se le ocurrió, los viejos tapones verdes para los oídos que había comprado en el aeropuerto de Frankfurt.

Los sacó de la mesita de noche y los introdujo con sumo cuidado en los oídos de su hijo. Luego lo arropó y lo besó en la mejilla mientras le acariciaba los rebeldes rizos. A continuación se aseguró de que el cuello del pijama estuviera bien y de que la cabeza descansara sobre la almohada de forma cómoda. Resultaba incomprendible: Frans tenía miedo, y lo lógico sería que se diera prisa o, al menos, que sintiese que debía apresurarse.

Pese a ello, retrasó sus movimientos y se quedó ocupándose del niño. Quizá se tratara de un sentimentalismo surgido a raíz de ese crítico momento. O quizá quisiera postergar al máximo el encuentro con quienquiera que fuese el que le esperaba. Y entonces deseó haber tenido un arma. Aunque lo cierto era que no habría sabido cómo usarla.

Él era un maldito programador informático al que, de repente, en la vejez, le había invadido el instinto paternal, nada más. No debería haberse metido en ese lío. «¡Que Solifon y la NSA y todas las bandas criminales se vayan a la mierda!» Pero ahora le tocaba hacer de tripas corazón, así que se acercó hasta el recibidor con pasos sigilosos, inseguros y, antes de nada, antes incluso de echar un vistazo al camino, desconec-

tó la alarma. El ruido había alterado todo su sistema nervioso, y en el silencio que siguió se quedó quieto, como paralizado, incapaz de acometer ninguna acción. De pronto sonó su móvil. Y, aunque se asustó, agradeció la distracción.

—¿Sí? —contestó.

—Buenas noches. Soy Jonas Anderberg y estoy de guardia en Milton Security. ¿Va todo bien?

—¿Qué? Eh... Sí... Bueno, creo que sí. Ha saltado la alarma.

—Sí, ya lo sé. Y según nuestras instrucciones, en un caso así usted debe bajar al cuarto especial que tiene en su sótano y cerrar la puerta con llave. ¿Se encuentra usted allí abajo?

—Sí —mintió.

—Bien, muy bien. ¿Sabe qué es lo que ha pasado?

—No. Me ha despertado la alarma. No sé qué la habrá activado. ¿No habrá sido la tormenta?

—No, no creo... Espere un segundo.

A Jonas Anderberg se le advirtió una falta de concentración en la voz.

—¿Qué pasa? —preguntó Frans nervioso.

—Parece que...

—Joder, suéltelo ya. Me está poniendo de los nervios.

—Perdón... Tranquilo, tranquilo... Estoy repasando las secuencias de las cámaras y parece ser que...

—¿Qué?

—Que alguien le ha hecho una visita. Un hombre, sí; bueno, luego lo podrá ver usted mismo. Un tipo bastante larguirucho con gafas oscuras y gorra ha estado husmeando por la finca. En dos ocasiones por lo que veo, aunque para poder darle algún otro dato tengo que estudiarlo con más detenimiento.

—¿Quién podrá ser?

—Bueno, mire, no es fácil decir nada concreto.

Jonas Anderberg pareció volver a estudiar las imágenes.

—Pero quizá... No, no lo sé... No, no debería sacar conclusiones tan precipitadas —continuó.

—Sí, por favor, hágalo. Necesito algo concreto. Aunque sea como pura terapia.

—De acuerdo. Lo que puedo decir es que hay al menos una circunstancia que es tranquilizadora.

—¿Y cuál es?

—Su forma de andar. Se mueve como un yonqui, como un chico que acabara de meterse un buen chute. Hay algo exageradamente afectado y rígido en su manera de moverse, lo que, por un lado, podría indicar que se trata de un drogata del montón, de un chorizo. Pero por el otro...

—¿Sí?

—Oculta su cara de un modo preocupantemente hábil. Y además...

Jonas se calló de nuevo.

—Siga.

—Espere.

—Me está poniendo de los nervios, ¿sabe?

—No es mi intención, pero me temo que...

Frans Balder se quedó helado: el ruido de un motor se aproximaba a su garaje.

—... que tiene visita.

—¿Y qué hago?

—Quédese donde está.

—De acuerdo —dijo Frans. Y se quedó, casi paralizado, en el sitio donde estaba, que era otro muy distinto al que Jonas Anderberg creía.

[...]

De pronto se sobresaltó.

Creyó haber percibido un movimiento, como un rápido revoloteo, y se puso a mirar, nervioso, hacia el embarcadero. No descubrió nada. Sólo alcanzó a ver el mismo y desolado paisaje, castigado, como antes, por la tormenta. Rechazó aquello como producto de su imaginación y lo atribuyó a su inquieto estado de ánimo. O al menos lo intentó. Luego abandonó el dormitorio y continuó paralelamente al gran ventanal panorámico de camino a la planta alta. Y de nuevo el temor se apoderó de él, lo que provocó que se volviera a toda prisa. En esa ocasión sí divisó algo al fondo de su jardín, junto a la casa de sus vecinos, los Cedervall.

Una figura corría por allí fuera, medio escondiéndose entre los árboles. Y aunque Frans sólo pudo ver a la persona unos instantes, reparó en que se trataba de un hombre corpulento que llevaba mochila y ropa oscura. Avanzaba agachándose, y había algo en su forma de moverse que le daba un aire profesional, como si se hubiera desplazado de esa manera muchas veces, quién sabía si en alguna remota guerra. Había una eficacia y una destreza en sus movimientos que Frans asoció a algo cinematográfico y amedrentador. Quizá por eso tardó unos segundos en sacar su móvil del bolsillo. Intentó recordar cuál de los números que tenía en su lista de llamadas pertenecía a los policías.

No los había introducido en sus contactos, tan sólo los había llamado para que los números quedaran registrados, pero ahora le entró la duda. ¿Qué números eran los suyos? No lo sabía. Con manos temblorosas, probó con uno que se le antojó correcto. Nadie contestó; al menos al principio. Tres, cuatro, cinco tonos sonaron antes de que una voz jadeante contestara:

—Aquí Blom, ¿qué pasa?

—He visto a un hombre correr entre los árboles, junto a la casa del vecino. No sé dónde estará ahora. Pero podría estar acercándose hacia donde estáis vosotros.

—Vale, vamos a comprobarlo.

—Parecía... —continuó Frans.

—¿Qué?

—No sé... rápido.

[...]